

ROBERT K. MERTON

TEORÍA Y ESTRUCTURA SOCIALES



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
MÉXICO

XXII. EL ANÁLISIS ESTRUCTURAL EN SOCIOLOGÍA*

[...] Los solipsistas declaran
que no hay nadie más,
pero siguen escribiendo [...] para otros.

[...] Los conductistas afirman
que los pensadores no aprenden,
pero siguen pensando [...] impávidos.

[...] Los subjetivistas descubren
que todo está en la mente,
y sin embargo siguen sentándose [...] en sillas reales.

[...] Los popperianos niegan
que podamos verificar,
y sin embargo siguen buscando [...] la verdad.¹

CUANDO Alvin W. Gouldner, mi amigo, colega (de lejos) y en un tiempo discípulo, puso como título a su libro reciente *The Coming Crisis of Western Sociology* (1970a), planteó con excesiva discreción el problema, pues puede argüirse, sin paradoja y con igual poder de convencimiento, que la sociología se ha encontrado en estado de crisis durante toda su historia.

LA CRISIS CRÓNICA DE LA SOCIOLOGÍA

La sociología ha estado, característicamente, en condición inestable, alternando sus cultivadores entre fases de optimismo extravagante y de pesimismo extravagante acerca de su capacidad, aquí y entonces o al menos muy pronto, para descubrir soluciones duraderas a los problemas de la sociedad humana y los problemas de la sociología humana, es decir, soluciones a los principales problemas sociales y los principales problemas cognoscitivos.

* Este documento, escrito cuando yo era miembro del Centro de Estudios Avanzados de Ciencias de la Conducta, se debe a una beca de la National Science Foundation to the Program in the Sociology of Science, de la Columbia University. Me hicieron críticas muy útiles otros miembros: Joshua Lederberg, Yehuda Elkana, Arnold Thackray y Harriet Zuckerman.

¹ Extensión imperfecta de los tres versos del repudio lírico de Auden a la ciencia social: "Under Which Lyre: A Reactionary Tract for the Times" (1966):

[...] los existencialistas declaran
que están en plena desesperación,
y sin embargo, siguen escribiendo.

Cuando la población de sociólogos llegó a una masa crítica, se intensificó el ritmo de tales diagnósticos. Cada generación de sociólogos ha logrado identificar su propia época como un momento decisivo, para bien o para mal, en el desarrollo de su disciplina. Aquellos de nosotros que hemos vivido lo bastante para observar esta conducta a lo largo de décadas, fácilmente podemos recordar algunos de los más sorprendentes diagnósticos de la crisis. A mí me basta seleccionar el año de 1956, cuando Georges Gurvitch (1956) anunció "la crisis de la explicación sociológica" y Pitirim Sorokin (1956) concentró otra versión de la crisis en su obra *Fads and Foibles in Modern Sociology*.

Es muy comprensible que cada médico que hace el diagnóstico prescriba una terapia formalmente idéntica pero sustantivamente distinta: vea las cosas y hágalas a mi modo. La grave crisis mejorará si los pacientes colectivos adoptan la perspectiva sociológica del propio diagnosticador: sea la sociología dialéctica de Gurvitch o la sociología integrista de Sorokin o, más recientemente, la sociología reflexiva de Gouldner. Y tampoco, como veremos, la prescripción de nuestro propio compromiso teórico tiene que ser ocasión para divertirse cínicamente. Después de todo, ¿qué base cognoscitiva —y no, fíjense, base social o psicológica o política—, qué base cognoscitiva debe haber para suscribir una perspectiva teórica, aparte de creer que será más fructífera, más completa y más convincente que sus rivales?

Los aspectos de la sociología que, se supone, ofrecen los signos y los síntomas de la crisis son de un tipo ya familiar: un cambio y un choque de doctrinas acompañados por mayor tensión y a veces un conflicto candente, entre los practicantes de la disciplina. El choque incluye la enérgica afirmación de que los paradigmas existentes son incapaces de enfocar los problemas que, en principio, debieran ser capaces de resolver. En ese sentido, podemos decir que, la sociología ha experimentado una crisis crónica,² interrumpida inter-

² "Crisis crónica" no es la frase paradójica que parece ser. Iniciando al menos a comienzos de los treinta, Horkheimer (1932) examinó intermitentemente la "crisis contemporánea de la ciencia". Y aunque Boudon (1971b) observa que muchos sociólogos han hablado "correctamente" de la actual "crisis de la sociología", pronto pasa a observar que la "sociología se caracteriza más o menos permanentemente por una situación de crisis latentes". Aparte de su aptitud especial para describir el estado de la sociología a través de los años, el término "crisis crónica" adquiere más pertinencia general ahora que, en la versión de Musgrave (1971), T. S. Kuhn (1962, 1970a, 1970b) ha enmendado su pensamiento de modo que, hoy, los periodos de "ciencia normal", en lugar de ser "periodos dogmáticos entre crisis" parecen estar "llenos de crisis propias".

Gracias a mi colega, Robert Nisbet, vuelvo a pensar lo que nunca debí olvidar: la muy documentada observación de la historiadora Elizabeth L. Eisenstein, en el sentido de que para nuestros días, los estudiosos, obsesionados por la crisis, "cada época considerada en un tiempo como de 'transición' es presentada hoy como una época de 'crisis' [...] puede leerse, en secuencia cronológica, acerca de la crisis política del temprano Renacimiento italiano y sobre la crisis estética del tardío Renacimiento italiano; acerca de innumerables crisis —incluyendo una 'crisis de identidad'— precipitada por la Reforma; acerca de la crisis europea general a comienzos del siglo XVII (1560-1660); acerca de una crisis de la conciencia europea a finales del siglo XVII (1680-1715), y acerca de la 'edad de crisis' que la siguió inmediatamente, durante la Ilustración del siglo XVIII (1715-1789). De este modo, hubo que atravesar cuatro siglos de crisis antes de llegar siquiera a aquellos clásicos puntos de partida de finales del siglo XVIII, para nuestra actual crisis del siglo XX: revolución política en Francia y Revolución Industrial y la llamada Gran Transformación en Inglaterra". Eisenstein, "Clio and Chronos: An Essay on the Making and Breaking

mitentemente por breves y sorprendentes periodos de relativa calma. En contraste con el actual estado de la disciplina, el *sentido* periódico de crisis surge en momentos en que los sociólogos cobran particular conciencia de notables inadecuaciones de su desempeño cognoscitivo o práctico, típicamente enfocado por intensificadas aspiraciones de mayores logros.

En el plano social, esta intensificada conciencia de la inadecuación entre los sociólogos (y de sus observadores —que están lejos de guardar silencio— en la sociedad en general) es ocasionada por unos sistemas sociales dinámicos que generan nuevas perturbaciones graves, o que agravan las anteriores, acontecimientos que socavan las soluciones que pretendían ser aceptables de los grandes problemas sociales. Me refiero aquí, en particular, a esas consecuencias fastidiosas y —en un mundo de conocimiento muy imperfecto— inevitablemente imprevistas³ de nuestra propuesta acción social, individual y colectiva (Merton, 1936). Al acumularse las disfunciones sociales en la sociedad, o concentrarse en uno u otro de sus sectores, se desarrolla una sensación cada vez más aguda entre los practicantes de las ciencias sociales, de que el estado de su conocimiento ni siquiera empieza a estar a la altura de las exigencias de la situación.

En el plano cognoscitivo, la intensificada conciencia de inadecuación es generada por la dinámica del pensamiento y la investigación sociológicos, diversamente distribuidos entre los agregados que integran la comunidad de sociólogos, que abren nuevos problemas, tampoco previstos, que vuelven a poner en entredicho algo de un conocimiento que se consideraba razonablemente establecido. Se desarrolla una gran crisis en una ciencia cuando las incongruencias de la expectativa teórica y de la observación real se acumulan hasta el punto de volverse notables entre quienes trabajan en el campo, y que ya no pueden resolverse alargando una cadena de hipótesis *ad hoc* destinadas a "salvar los fenómenos" (Duhem [1908] 1969). Esto, a su vez, trae consigo su *ignorancia especificada*: el reconocimiento expreso de lo que aún no se conoce pero debe conocerse para echar los fundamentos de más conocimiento. Entonces, paradójicamente, una sensación de crisis puede ser ocasionada por un nuevo conocimiento resultante en unas demandas mayores que se hacen al antiguo conocimiento.

Los procesos sociales cognoscitivos, dentro de la colectividad de los sociólogos, interactúan así con desarrollos ocurridos en la sociedad ambiental, para producir una variabilidad en las evaluaciones del estado actual de la ciencia. Y cuando las demandas históricas se funden en dominios a la vez cognoscitivos

of History-Book Time", *History and Theory*, 6 (1966): 36-65, en 38. Cuando toda una variedad de historiadores declara que los cuatro últimos siglos, poco más o menos, fueron un tiempo de continuada crisis europea, tal vez se nos perdone a nosotros los sociólogos, contemplando nuestro breve pasado colectivo, el descubrir que sólo es una larga crisis.

³ El problema de aquellas imprevistas consecuencias residuales en realidad no ha sido resuelto por un radical racionalismo, y ni siquiera mediante el uso de la receta inventada íntegramente por Bertie Wooster, cuando severamente recomendó a su hombre: "Siempre anticipése a todo, Jeeves, es la única manera." Pero como lo pone en claro el inmortal Wodehouse, lo malo es que casi todos somos menos optimistas que Bertie y todos somos mucho menos conocedores que Jeeves.

y sociales, como parecen haberlo hecho a finales de los sesentas, generan una sensación aguda, en lugar del sentido aceptable, o aun agradablemente crónico, de un rendimiento insatisfactorio, al desarrollar, cognoscitivamente, unos paradigmas poderosos y de aplicación social. Estos tiempos históricos de dificultades transforman los dolores sociológicos crónicos en dolores sociológicos agudos. Y es entonces cuando los médicos atentos pueden hacer sus diagnósticos de que la sociología se encuentra en una crisis profunda.

Los sociólogos dedicados a hacer ese diagnóstico sólo están haciendo en su propio dominio lo que se les pide hacer en otros dominios de las sociedades y de la cultura. Después de todo, una de las principales tareas asignadas al sociólogo y a las otras razas de científicos sociales es que identifiquen el carácter y las fuentes del descontento social. Y el descontento acumulado señala unas inadecuaciones subyacentes en la estructura del sistema social o en los valores y las expectativas que se desarrollan en ese sistema, o ambas cosas. No por analogía con la medicina, sino por derecho propio, los científicos sociales observan que los procesos que hacen surgir las quejas sociales acumuladas no son necesariamente conocidos por quienes las expresan. Las mismas consideraciones hacen que los sociólogos analíticos adopten el papel de metasociólogos diagnosticando su propio estado colectivo y prescribiendo la terapia apropiada para las enfermedades que descubren.

Si me llamaran como médico consultor a diagnosticar el estado actual de la sociología, mi opinión sería ésta: que sobreimpuesta a la crisis crónica de la sociología, a la que me he referido, se encuentra una aguda crisis de una índole particular. Es la "crisis de la prosperidad", tipo general identificado por Tocqueville en su época y por Durkheim, docto e independiente "discípulo" de Tocqueville en la suya.⁴ La sociología se enfrenta hoy a una crisis de abundancia, en parte como resultado de una abundancia de crisis sociales. Las grandes transformaciones que están ocurriendo en gran parte del mundo ponen a los sociólogos ante la inmensa tarea de investigarlas eficazmente y de llegar a unas recomendaciones basadas en la ciencia para hacerles frente.

Es el recién conquistado *status* de la sociología, resultante de cierto avance del conocimiento, el que lleva a los sociólogos a tropezar cuando se creen listos para seleccionar o para aceptar el encargo de ayudar a resolver estos grandes problemas prácticos. La demanda efectiva de solución de los problemas sociales es muy superior a la actual capacidad del conocimiento sociológico y los actuales recursos de la fuerza de trabajo sociológica. Como resultado innecesario pero comprensible, esa demanda demasiado a menudo tropieza con aproximaciones nominales al artículo auténtico. Los sociólogos que desean creer o que afirman que ya se sabe lo bastante, o que es inmediatamente cognoscible, para darnos los lineamientos necesarios para hacer frente a este o a aquel gran problema social, logran poner toda su disciplina en un juicio prematuro. Sus

⁴ Las comillas indican que Durkheim era, desde luego, tan sólo un estudioso y no un discípulo de Tocqueville. Tampoco hay pruebas directas de que el concepto de Durkheim, de una crisis de la prosperidad (Durkheim [1897] 1951: Libro II, cap. v), se base en el capítulo de Tocqueville titulado "Por qué se muestran tan inquietos los norteamericanos en medio de su bienestar". (Tocqueville [1835] 1954: II, cap. XIII).

improvisadas investigaciones o declaraciones, (sacadas de la manga) de verdades instantáneamente alcanzadas reciben una credibilidad temporal gracias a las realizaciones reales pero severamente limitadas de una ciencia social escrupulosa. Pero esta sociología oracular, llena de respuestas rápidas a preguntas difíciles, sólo puede producir desilusión, sobre todo entre los estudiantes y los nuevos reclutas de la disciplina. Las demandas hechas a la sociología precisamente porque ha estado avanzando con lentitud se aceleran a un ritmo que sólo ensancha la brecha entre expectativa y realización: situación muy propicia para producir una sensación más profunda de una crisis cognoscitiva.⁵

El malestar entre los sociólogos, derivado de unas excesivas demandas prácticas prematuramente aceptadas e inadecuadamente resueltas, es reforzado por el malestar derivado de los avances logrados en dominios cognoscitivos contiguos. En mi opinión, entre ellos el principal es el efecto de las ideas diversamente planteadas por Popper, Kuhn, Lakatos, Feyerabend, Toulmin y muchos otros en la filosofía de la ciencia. A menudo mal comprendidas por sociólogos que se encuentran en la periferia de esa disciplina, tan tempestuosa en la actualidad, a veces se considera que algunas de estas ideas indican que la subjetividad impera suprema en las ciencias físicas y de la vida y por ello, se infiere, sin duda debe reinar también en las ciencias sociales y de la conducta. Los sociólogos que sacan esta inferencia gratuita consideran que es una licencia que legitima una subjetividad total en que "todo se vale" ya que, como creen ellos que lo han aprendido de los filósofos, la objetividad en la ciencia no es más que una idea fija. No diré, de momento, más acerca de este tema, pero volveré a él más adelante. Baste notar aquí que las actuales angustias y dudas expresadas por quienes experimentan una "crisis de la sociología" a menudo son explícitamente conectadas con ideas muy discutidas hoy en la actual filosofía de la ciencia.

Este diagnóstico tentativo de la actual sensación de crisis en la sociología, como derivación de acontecimientos ocurridos en los dominios sociales y en los cognoscitivos, no es incompatible con el diagnóstico tentativo ofrecido por Ben-David (1973), quien analiza las recientes expresiones de insatisfacción con la teoría sociológica mostradas por Gouldner (1970a), Friedrichs (1970) y Runciman (1970; véase también 1963), como resultados de un cambio particular de generaciones académicas desde el fin de la segunda Guerra Mundial. No es que la crítica sociológica y las disidencias sean nuevas; tampoco se trata de que el supuesto consenso sobre la sustancia de la teoría sociológica

⁵ Al llegar a este punto, es evidente que considero que la forma de malestar expresada por algunos sociólogos acerca del estado de la sociología teórica de hoy no constituye una crisis profunda en el fuerte sentido de implicar básicamente una nueva controversia sobre los hechos fundamentales. Las principales líneas de argumento tienen una historia larga y de fácil acceso. Si se revisara cuidadosamente esta historia, se reconocería que los más recientes anuncios de una crisis en la sociología son una continuación de cuestiones teóricas que desde hace tiempo están en debate.

Tal vez en este sentido, el nuevo libro del sociólogo polaco Sztompka (1974: 182) concluye con este juicio: "Por último, creo que la llamada crisis de la sociología contemporánea no es más que un nuevo mito de la disciplina y que en realidad existe un sólido fundamento sobre el cual basar nuevos esfuerzos teóricos, muy necesarios."

haya sido remplazado por una marcada disensión. Antes bien, como lo resume Ben-David (y lo cito extensamente, pues muchos sociólogos no leyeron el diario en que su artículo apareció):

Esta unidad de la profesión [en el periodo de la posguerra inmediata] no se fundamentó en la existencia de nada que se pareciera a un "paradigma" para la teoría y la investigación, como el que fue postulado por Thomas Kuhn como característica de una "ciencia normal". No había un paradigma en la sociología, y los sociólogos muy a menudo criticaban los enfoques de los demás. Sólo había consenso en un aspecto, a saber, el de que todos los sociólogos aceptaban el método científico como propio de la sociología, y la moral científica como obligatoria para los sociólogos. Claramente separaban la ciencia de la ideología y si, ocasionalmente, se acusaban unos a otros de ser criptoideólogos, esto se hacía en nombre de una ciencia libre de valores, y no como un rechazo de la posibilidad de una sociología objetiva libre de valores.

Mi hipótesis es que el paso de este consenso a finales de los sesentas se debió a un nuevo cambio de generaciones. La generación que se doctoró durante los sesentas estaba integrada por jóvenes para quienes el problema de la sociología contra ideología no tenía la misma decisiva importancia que para sus antecesores. La elección entre ambas no les pareció una elección entre una inevitable decepción intelectual y un fracaso moral, por una parte, y la razonable probabilidad de un avance sólido, aunque acaso lento, por la otra. La lección de la generación anterior no la perdieron por completo, y probablemente mostraban más escepticismo hacia la sociología del que mostrarán los jóvenes durante los veintes y los treintas, pero también se mostraban escépticos ante la ciencia social y la sociología. Sin la experiencia de haberse liberado de la ideología, en la sociología sólo podían encontrar pocas realizaciones pasadas o grandes oportunidades intelectuales a las que tenerles fe en su profesión. Escuchando la autocrítica de los sociólogos de la generación adulta, les resultó difícil compartir la lealtad y la fe inquebrantable que los últimos tenían en la sociología. Por consiguiente, cuestionar la posibilidad misma de una sociología científica, y considerar la posibilidad de que acaso no fuese final la línea de demarcación entre la sociología y la ideología, trazada durante los cincuentas, no tuvo para ellos el mismo significado de una amenaza totalitaria que tuvo para la generación anterior.

Y esto, junto con las confusiones de la actual teoría sociológica, puede explicar los estallidos y el momento de expresión de la insatisfacción y el radical cuestionamiento de la base lógica de la filosofía que ocurrieron a finales de los sesentas [Ben-David, 1973: 471-472].

Si a mí me llaman como médico consultor para revisar no sólo el diagnóstico sino también la terapia recomendada, ésta sería mi opinión: que la crisis crónica de la sociología, con su diversidad, competencia y choque de doctrina, parece preferible a la terapia a veces propuesta para hacer frente a la aguda crisis, a saber, la prescripción de una sola perspectiva teórica que prometa darnos pleno y exclusivo acceso a la verdad sociológica. Las razones de mi opinión son claras, si no concluyentes. Ningún paradigma ha empezado siquiera a demostrar su carácter concluyente y único para investigar toda la gama de las cuestiones de interés sociológico; y dada la variedad de estas cuestiones, el pasado prefigura el futuro. Las afirmaciones periódicas que se hacen en sentido contrario resultan no ser más que pretensiones prematuras de

definitiva congruencia teórica. Y, lo que es más, si la terapia propuesta fuese adoptada, produciría algo mucho peor de la crisis. Produciría estasis: el estancamiento de la investigación sociológica como resultado de un prematuro acuerdo en un solo paradigma que, según se dice, es guía exhaustivo para investigar toda la gama de las cuestiones sociológicas.

Al haber adoptado la metáfora médica de *crisis* a lo largo de los años, desde luego, los sociólogos no están solos. Los que practican otras disciplinas intelectuales de tipo mucho más exigente han utilizado de tiempo atrás la misma figura de dicción para expresar su razonable descontento por las condiciones de esta o aquella parte de la disciplina. Pero, como todos lo sabemos, las metáforas no deben tomarse literalmente. Hacerlo no es más que engañar o ser engañado, ya que pocas metáforas son analogías heurísticas. Por consiguiente, al tomar la metáfora de una crisis, no pretendo llevarla sin límite para alcanzar o imputar una *reductio ad absurdum*. El término *crisis* sigue siendo una metáfora ya gastada: no es un significado literal ni una cercana analogía, sino tan sólo un significado laxamente figurativo y no especialmente heurístico, trasladado de un dominio de la experiencia a otro.

En los dominios de la ciencia y la cultura, un sano diagnóstico de la crisis, crónica o aguda, significa que la disciplina dada ha resultado incapaz de hacer frente a partes o aspectos de la realidad por la que se preocupa, o "debe" preocuparse. En su forma más fuerte, el diagnóstico de una crisis en la ciencia incluye unas paradojas fundamentales no resueltas. Y ya identificar tales paradojas sería no poco avance. Requiere y significa un considerable desarrollo científico, como en la profunda formulación hecha por Planck⁶ durante el cambio del siglo, que pretendía resolver las paradojas a las que hacía frente la teoría clásica de la emisión y la absorción de la luz. En forma un tanto más débil, el diagnóstico de una crisis identifica unos problemas pertinentes que, según se dice, no pueden resolver los conceptos, las ideas y los métodos de que disponen sus practicantes. Esto es lo que ocurre con la reciente versión de Morgenstern (1972) de "trece puntos críticos en la teoría económica contemporánea". Pero ni en forma fuerte ni en forma débil se sigue de ahí que los científicos pasan por sus crisis tan sólo inventando colectivamente una teoría unificada capaz de resolver toda la gama de los problemas de su disciplina.

El *ideal* de una teoría unificada y general no está aquí en disputa. Como otros ideales del tipo T de Pareto (Pareto, 1935: III, 1300-1332), éste puede ser funcional, aun cuando no se haya alcanzado, para hacer avanzar el estado

⁶ Éste es el mismo Max Planck que, como se recordará, en su juventud abandonó el estudio de la economía por causa de su dificultad y, desde luego, el mismo Planck cuya observación sobre el surgimiento de nuevas verdades de la ciencia tal vez sea la más frecuentemente citada de su especie. Gerald Holton (1973 [1950]: 394), Bernard Barber (1961), Kuhn (1962: 150), Hangstrom (1965: 283), Greenberg (1967: 45), y Zuckerman y Merton (1972: 309), entre los sociólogos de la ciencia, se han basado diversamente en la observación de que "una nueva verdad científica no triunfa convenciendo a sus oponentes y haciéndoles ver la luz sino, antes bien, porque sus oponentes acaban por morir y crece una nueva generación que ya está familiarizada con aquélla" (Planck, 1949: 33-34). Como lo ha notado Scheffler (1972: 370-371), ésta es la clase de aforismo que fácil y engañosamente se presta a un relativismo y un subjetivismo no examinados.

del conocimiento sociológico. Pero cuando el ideal se confunde con la cosa corriente, se vuelve disfuncional para la investigación. Tomadas en serio como guía para todos los programas de investigación, las prematuras pretensiones de haber logrado un cierre teórico en sociología, que son los únicos tipos de pretensiones que pueden ser precisados por los monistas teóricos que hay entre nosotros, sólo nos conducirían a grandes esfuerzos desencaminados, en que la desilusión sería seguida por algo parecido a una éstasis. Pues, por muy eficaces que puedan ser los actuales paradigmas en su propio y limitado terreno (que aún está por precisarse más), no tienen suficiente derecho a monopolizar la investigación para el entendimiento sociológico. Como lo hemos observado brevemente y como lo veremos con mayor extensión en este estudio, no es tanto la pluralidad de los paradigmas cuanto la aceptación colectiva por los sociólogos en acción de un solo paradigma propuesto como panacea lo que constituiría una profunda crisis, con la consiguiente éstasis.⁷

SOBRE EL LIMITADO ARGUMENTO EN PRO DEL ANÁLISIS ESTRUCTURAL

Todo esto puede explicar por qué no considero que el paradigma del análisis estructural que se desarrolla a través de los años nos ofrece el único modo de salir de esa crisis —periódicamente anunciada— de la sociología. Parafraseando a Winston Churchill cuando habló sobre la democracia, considero que el paradigma de este tipo de análisis estructural es la peor orientación teórica en sociología... salvo todas esas otras orientaciones que ya han sido probadas de

⁷ Hay un cuerpo, aparentemente en crecimiento, de opinión sociológica en este mismo sentido. En enero de 1975, mientras este escrito estaba en prensa, Shmuel Eisenstadt y yo descubrimos durante mi visita a Jerusalén que durante varios años habíamos estado desarrollando independientemente casi las mismas tesis acerca de la pluralidad de las teorías sociológicas, la naturaleza de sus interrelaciones, la recurrente insistencia en una reciente crisis de la sociología, y las conexiones de todo esto con la estructura de la comunidad de sociólogos y con desarrollos críticos de la sociedad que nos rodea. Hasta entonces, ambos habíamos desarrollado estas ideas en forma de publicación oral: Eisenstadt, en conferencias en la Universidad Hebrea; yo, en cátedras en la Universidad de Columbia. Y ahora estamos poniendo en letras de molde estas ideas: él, en gran escala, en su libro, con M. Gurelaru, intitulado *Sociological Theory, the Sociological Community and "Crisis" of Sociology*; yo, en pequeña escala, en este escrito. Para un texto preliminar basado en tal libro, véase Eisenstadt (1974). Demasiado tarde para poder afectar este artículo han aparecido dos profundos estudios de Gallino (1972), y Pizzorno (1972) en Rossi, hacia los que Eisenstadt me ha llamado la atención.

En febrero de 1975, mientras este artículo aún estaba en prensa, Stefan Nowak, de la Universidad de Varsovia, me dio un ejemplar del escrito que había presentado al VIII Congreso Mundial de Sociología en Toronto pocos días antes de que yo estuviese presentando éste a la Asociación Sociológica Americana en Montreal. Una vez más, encontramos un paralelismo notable y, para mí, reconfortante (apropiada respuesta a los múltiples independientes en la ciencia y el estudio). Nowak considera que la "crisis", como vieja característica de la sociología, disipa "el viejo sueño de sistematizar todo conocimiento teórico pertinente acerca de la sociedad en una teoría 'única' y que todo lo abarque", y nota que "tendremos que vivir largo tiempo con muchas teorías parciales: mutuamente complementarias y acumulativas en distintos sentidos de la palabra, aplicables a diferentes aspectos de la realidad social, que respondan a diversas preguntas teóricas y útiles para diferentes propósitos sociales prácticos" (Nowak 1974: 12-13).

cuando en cuando. Claramente ocurre así, o yo no continuaría esforzándome en esta dirección. Pero esto está lejos de decir que el análisis estructural, esta variante u otra, nos ofrece una base teórica exclusiva y completa. Todo lo contrario. El análisis estructural ha generado una problemática que encuentro interesante y un modo de pensar en los problemas que considero más eficaz que ningún otro que yo conozca. Además, se conecta con otros paradigmas sociológicos que, a pesar de la polémica, no son contradictorios en mucho de lo que presuponen o afirman. Ésta es, sin duda, una posición indeciblemente pacifista para adoptarla en un momento en que la arena de la sociología resuena con las pretensiones de los gladiadores que defienden doctrinas rivales. Y sin embargo, recientes obras de análisis estructural me conducen a esferas de acuerdo y de complementariedad, y no a las supuestas contradicciones básicas que hay entre varios paradigmas sociológicos. Y esto no es extraño, pues no es fácil alcanzar unas doctrinas sociológicas siquiera aceptablemente plausibles (paradigmas, teorías, esquemas, conceptuales, modelos) que se contradicen unas a otras en sus suposiciones básicas, conceptos e ideas. Por ejemplo, muchas ideas del análisis estructural y el interaccionismo simbólico se oponen entre sí, casi en el mismo sentido en que el jamón se opone a los huevos: son perceptiblemente distintas, pero mutuamente se enriquecen.

Esto, pues, es el contexto para que yo goce de la licencia autobiográfica que Peter Blau nos ha dado a una docena de nosotros, poco más o menos, en estos capítulos. Como principal creador del simposio, evidentemente decidió que las normas ordinarias del decoro que exigen el disimulo de las ideas personales en un discurso impersonal podían, sin peligro, relajarse para esta ocasión, lo bastante para que cada uno de sus colaboradores se permitiera reflexionar en público acerca de alguna de sus ideas favoritas. O como lo dijo Blau, en su acusación, cada uno de nosotros debe ofrecer "el significado distintivo de su enfoque a dar explicaciones sistemáticas de la estructura social y de su dinámica".

En mi caso, debo resistir la tentación... al menos en parte. Pues analizar este aspecto de mi obra no sería más que repetir una parte de lo que Charles y Zona Loomis (1961: 246-326); Filippo Barbano, en una serie de escritos, entre ellos uno que llevaba como subtítulo "La emancipación del análisis estructural en sociología" (Barbano: 1959, 1966, 1968, 1971); Walter Wallace (1969: 24-59); M. J. Mulkay (1971: cap. 5) y, sobre todo analíticamente Arthur Stinchcombe (1975), han elaborado como los platos esenciales de este modo de análisis estructural, más profunda y críticamente de lo que yo estoy capacitado para hacerlo.

En lugar de estos relatos complejos y detallados, sólo esbozaré los componentes básicos de esta variante del análisis estructural en forma de una serie de estipulaciones. Aunque el término "estipulación" fue tomado de la cultura —adversa— del derecho, sólo lo utilizo para indicar un acuerdo provisional sobre el tipo de análisis estructural que estamos analizando aquí. Con ese acuerdo, puedo pasar al resto de mi tema: el lugar de ese modo de teorizar en la estructura cognoscitiva y social de la sociología y en relación con algunas ideas actuales que hay en la sociología y la filosofía de la ciencia.

14 ESTIPULACIONES PARA EL ANÁLISIS ESTRUCTURAL

Éstas son, pues, 14 estipulaciones de esta variante del análisis estructural.

Se estipula:

1) Que la noción evolucionante de "estructura social" es polifilética y polimorfa⁸ (pero, esperemos, no polimorfa perversa): es decir, el concepto tiene más de una línea ancestral de pensamiento sociológico, y estas líneas difieren parcialmente en sustancia y parcialmente en método.

2) Que las ideas básicas del análisis estructural en sociología se anticiparon, en mucho, a ese heteróclito movimiento intelectual y social conocido como "estructuralismo".⁹ Abarcando toda una variedad de disciplinas medulares, el estructuralismo se ha vuelto últimamente el foco de un movimiento social popular y a veces indiscriminado que ha explotado por medio de una extensión indisciplinada la autoridad intelectual de figuras tan intocables como Ferdinand de Saussure y Roman Jakobson en lingüística, Claude Lévi-Strauss en antropología, Jean Piaget en psicología y, más recientemente, François Jacob en biología. En suma, aunque en la actualidad el análisis estructural ha sido afectado por ciertas comunales del estructuralismo que servían como contexto cognoscitivo —por ejemplo, ciertos paralelos entre Saussure y Durkheim— no se deriva históricamente de estas tradiciones intelectuales, así como no se deriva, digamos, de la forma aducto-educto de "análisis estructural" desarrolladas por Wassily Leontief (1952) en economía.

3) Que el análisis estructural en sociología implica la confluencia de ideas derivadas principalmente de Durkheim y de Marx. Lejos de ser contradictorias como a veces se ha supuesto, las ideas básicas tomadas de sus obras han resultado complementarias en una larga serie de investigaciones a lo largo de los años, que van desde las fuentes social-estructurales de la conducta desviada y la formación de la personalidad burocrática hasta el desarrollo y la estructura institucional de la ciencia (Merton, 1968, 1973). En forma más compacta, un paradigma propuesto para el análisis funcional durante los treinta y publicado en 1949 llamó la atención hacia los traslapes, no hacia la identidad, de estas orientaciones teóricas. Por ejemplo, los conceptos básicos de "contradicciones" en el uno y de "disfunciones" en el otro; el lugar fundamental dado a las "condiciones" de la sociedad en Marx y del "contexto estructural" o la "limitación estructural" en el análisis estructural y, en el terreno de la sociología del cono-

⁸ Boudon (1971 b: 9-10) adopta la imagen de un "polimorfismo de la sociología" en un sentido relacionado, pero diferente, para referirse a varias formas de la obra sociológica: un "ensayo brillante", un "estudio descriptivo empírico", una verificable "teoría analítica" o una "teoría especulativa" que señalan direcciones de la investigación.

⁹ La creciente bibliografía sobre el estructuralismo es prácticamente inagotable, y de nada serviría ofrecer aquí una larga lista. Las obras de los maestros son fáciles de conseguir y no necesitan mención, salvo, tal vez, la vista general de Jean Piaget (1970) y la magistral historia de la herencia con su sucesiva revelación de estructuras, por François Jacob (1973). Boudon (1971 a) hace un serio esfuerzo por diferenciar y formalizar las principales concepciones de la estructura social en relación con los conceptos de estructura en otras disciplinas. Para otras obras secundarias, véanse Viet (1965), Ducrot *et al.* (1968), y Robey (1973).

cimiento, el postulado marxista de que el cambio efectuado por los hombres en la "existencia social determina su conciencia" corresponde a la concepción de Durkheim de que las representaciones colectivas reflejan una realidad social (Merton, 1968: 93-95, 160-161, 516 ss.).

La interrelación de estos hilos de pensamiento no pasó inadvertida. Los análisis de Stinchcombe (1968: 80-101; 1975) de los traslapantes conjuntos de ideas teóricas generaron su término "funcionalismo marxista", mientras que Gouldner toma nota repetidamente de que yo "subrayo [las] afinidades" que hay entre ellos, concluyendo con la compacta observación acerca del análisis en "estructura social y anomia" de que "aquí, en efecto, Merton utiliza a Marx para hacer presión sobre Durkheim" (Gouldner, 1970: 335, 402, 426, 448, y, para el *aperçu*, 447). Kaláb (1969: 15-20) describe el método de Marx como "análisis estructural dialécticamente concebido" y nota la interdependencia del "análisis histórico y estructural" así como lo hizo el ejemplar historiador Herbert Butterfield hace algunos años cuando dijo que la principal contribución del marxismo a la historiografía era habernos "enseñado a hacer de nuestra historia una pieza estructural de análisis" (1951a: 79-80). En un instructivo volumen, Giddens (1971) ha analizado, recientemente, las congruencias que hay en los escritos de Marx, Durkheim y Weber, y en otro, Sztompka (1974) encuentra íntimas congruencias entre el análisis funcional y el marxista, así como lo hizo Pierre L. van den Berghe hace más de una década (véase también Malewski, 1959, 1967). La conclusión de Berghe plantea concisamente el asunto:

Nuestra afirmación central es que los dos principales enfoques que han dominado gran parte de la ciencia social presentan vistas parciales pero complementarias de la realidad. Cada cuerpo de teorías plantea dificultades que pueden resolverse, ya sea rechazando ciertos postulados innecesarios, ya introduciendo conceptos tomados del otro enfoque. Como lo muestran el funcionalismo y la dialéctica, aparte de diferencias importantes, ciertos puntos de convergencia y traslape, hay esperanzas de trascender el eclecticismo *ad hoc* y de llegar a una equilibrada síntesis teórica (Berghe, 1963: 705).

4) Que dado que la confluencia de elementos de Durkheim y de Marx ha sido evidente al menos desde los treinta, no puede tomarse, como propone Gouldner (1970: 341 ss) que debe tomarse, como otra señal de la crisis que él atribuye a la sociología funcional y a la marxista durante los sesentas.¹⁰ Dicho en términos más generales, aquí se está estipulando que lejos de constituir necesariamente una señal de crisis o decadencia teórica, la convergencia de líneas de pensamiento separadas puede implicar y en este caso implica un proceso de consolidación de conceptos, ideas y proposiciones que da por resultado unos paradigmas más generales.¹¹

¹⁰ A este respecto debo rechazar la confesada conjetura de Gouldner de que, en los treinta y cuarentas, yo "traté de hacer la paz entre el marxismo y el funcionalismo precisamente subrayando sus afinidades, y así facilité a los estudiantes marxistas volverse profesores funcionalistas" (Gouldner, 1970, 335). Aquí, sin duda Gouldner me hace un honor excesivo. Yo no tengo ni la visión ni el ingenio ni la capacidad de confundir así a mis estudiantes.

¹¹ Esta estipulación es ya vieja. Yo he estado defendiendo la importancia de la consolidación teórica en sociología desde los cuarentas (Merton, 1968; cap. 2, esp. 49-53).

5) Que como las orientaciones teóricas en las otras ciencias sociales, para no hablar de las ciencias físicas y de la vida, el análisis estructural en sociología debe enfrentarse sucesivamente a fenómenos de niveles micro y macro. Como ellas, se enfrenta, por tanto, al formidable problema (recién planteado nuevamente por Peter Blau [1964] y por muchos otros) de crear conceptos, métodos y datos para vincular el análisis micro con el macro.¹²

6) Que para adoptar la importante y compacta formulación de Stinchcombe sobre el nivel micro:

el proceso nuclear concebido como central en la estructura social es la *elección entre opciones socialmente estructuradas*. Esto difiere del proceso de elección de la teoría económica, en que se concibe que las opciones tienen utilidades inherentes. Difiere del proceso de elección de la teoría del aprendizaje, en que se concibe que las opciones emiten estímulos que se refuerzan o que se extinguen unos a otros. Difiere de ambas en que... la utilidad o refuerzo de una elección alternativa particular se considera socialmente establecida, como parte del orden institucional [Stinchcombe, 1975].

7) Que, al nivel macro, las distribuciones sociales (es decir, la concentración y la dispersión) de la autoridad, el poder, la influencia y el prestigio comprenden estructuras de control social que cambian históricamente, en parte por medio de procesos de "acumulación de ventaja y desventaja" correspondientes a las personas que ocupan diversas posiciones estratificadas en tal estructura (sujetas a procesos de retroalimentación en condiciones aún mal comprendidas).¹³

8) Que es fundamental, y no incidental, al paradigma del análisis estructural

¹² No parece aventurado estipular en lugar de discutir esas concepciones extensamente, hoy que ha logrado penetrar en ese depósito del "conocimiento establecido": el libro de texto. (Sobre la importancia del libro de texto en las diferentes disciplinas, véase Kuhn, 1962: 163-165.) Así, al analizar el "estructuralismo de intercambio" de Blau, escribe Jonathan Turner: "Colmando la brecha entre micro y macro. Uno de los problemas analíticos más importantes a los que se enfrenta la teoría sociológica gira en torno de esta pregunta: ¿hasta que grado las estructuras y los procesos en los niveles micro y macro de la organización social están sujetos al análisis por los mismos conceptos y a la descripción por las mismas leyes sociológicas? ¿En qué niveles de organización social requieren las propiedades nacientes el uso de conceptos adicionales y descripción en términos de sus propias leyes sociales?" (Turner, 1974: 292).

Y sin caer en un fácil e inoportuno analogismo, los sociólogos deben poner cierto interés en el recuerdo que les hace el polímata físico Richard Feynman en el sentido de que, en relación con las leyes de la física, "hemos descubierto que la conducta de la materia en pequeña escala obedece leyes muy diferentes de las cosas en gran escala. Por ello, la pregunta es, ¿qué parece la gravedad en pequeña escala? A esto se le llama la Teoría Cuántica de la Gravedad. Hoy, no hay Teoría Cuántica de la Gravedad. El hombre no ha logrado por completo hacer una teoría que sea congruente con los principios de la incertidumbre y con los principios de la mecánica cuántica" (Feynman, 1965: 32-33).

¹³ Desde que apareció en la sociología de la ciencia en 1942 la idea de "acumulación de la ventaja" en los sistemas de estratificación social (que se relaciona con los conceptos de "profecía que se realiza por sí misma" y el "efecto de Matthew") se ha desarrollado en toda una serie de investigaciones: Merton, 1973: 273, 416, 439-459; Zuckerman y Merton, 1972: 325; Zuckerman cap. 3, *passim*; Cole y Cold, 1973: 237-247, *passim*; Allison y Stewart, 1974: 596-606; Zuckerman y Cole, 1975.

el que las *estructuras sociales generen su conflicto social* siendo diferenciadas, en extensión e índole que históricamente difieren, y en disposiciones entrelazadas de *status* social, estratos, organizaciones y comunidades que tienen sus intereses y valores potencialmente conflictivos, así como comunes (Merton, 1971: 796; 1968: 424-425). (Tengo algo más que decir al respecto.)

9) Que las estructuras normativas no tienen conjuntos de normas unificadas. En cambio, la *ambivalencia sociológica* está incluida en las estructuras normativas, en forma de expectativas que tienen pautas incompatibles y como "alternación dinámica de normas y contranormas" en papeles sociales, ya que esta "ambivalencia sociológica" ha sido identificada, por ejemplo, en las esferas de la burocracia, la medicina y la ciencia (Merton y Barber, 1963; Merton, 1973: cap. 18; Mitroff, 1974).

10) Que *las estructuras sociales generan diferentes tasas de conducta desviada*, definidas diversamente por miembros estructuralmente identificables de la sociedad. La conducta definida como desviada resulta, en grado significativo, de unas discrepancias socialmente pautadas entre aspiraciones personales culturalmente producidas y diferenciales pautados en el acceso a la estructura de oportunidades para avanzar hacia estas aspiraciones por medios institucionales [Merton, 1968: 185-188; 1971: 793-846].

11) Que además de los hechos exógenos, *las estructuras sociales generan a la vez el cambio dentro de la estructura y el cambio de la estructura*, y que estos tipos de cambio ocurren por medio de elecciones acumulativamente pautadas en la conducta y las amplificaciones de las consecuencias disfuncionales resultantes de ciertos tipos de tensiones, conflictos y contradicciones en la estructura social diferenciada (Merton, 1968: 176-177).¹⁴

12) Que, de acuerdo con las estipulaciones anteriores, cada nueva cohorte nacida en una estructura social que nunca creó procede diferencialmente, a lo largo de otras cohortes de edad, para modificar tal estructura, involuntariamente y de propósito, por medio de sus respuestas a las consecuencias sociales objetivas, a la vez imprevistas y planeadas, de una acción colectiva y previamente organizada (Merton, 1936).

13) Que es analíticamente útil distinguir entre los niveles manifiesto y latente de estructura social como de función social (con la advertencia de que el estructuralismo como es expresado en otras disciplinas —por ejemplo, por Jakobson, Lévi-Strauss y Chomsky— considera esencial distinguir las estructuras de "superficie" de las "profundas") (cf. Gouldner, 1957-1958: 463, *passim*; Barbano, 1968: 55-57).

¹⁴ Esto queda estipulado a pesar de las recientes críticas hechas por Runciman y Nisbet. Ambos convienen en que resulta impropio acusar al análisis funcional o estructural de no tener ninguna "teoría del cambio social", y basan su argumento lo mejor que pueden: planteando esa teoría y criticándola. En una serie de obras, Nisbet critica enérgicamente la idea de un cambio social generado estructural o inmanentemente, diciendo que resulta teóricamente insostenible. Yo sigo sin dejarme convencer. Su análisis sólo muestra que las fuentes exógenas a la estructura social también cooperan para producir el cambio, posición absolutamente afín, como evidentemente lo reconoce, a la de aquellos de nosotros que no creemos que el análisis estructural agote todos los aspectos de los fenómenos sociales. Nisbet (1969; 1970: 178, 194-196; 1972). Runciman (1970: 43).

14) Y, por último, como será evidente en el resto de este escrito, queda estipulado como cuestión de principio teórico (y no como pulla contra la modestia notoria) que, como cualquier otra orientación teórica en la sociología, el análisis estructural no puede aspirar a ser capaz de explicar exhaustivamente los fenómenos sociales y culturales.

Por estas estipulaciones, severamente condensadas, debe ser claro que esta variante del análisis estructural en sociología tiene grandes deudas con el modo clásico de análisis estructural-funcional creado por mi maestro, amigo y colega a distancia, Talcott Parsons.¹⁵ Pero la variante difiere de la forma estándar, según yo, en dos aspectos importantes, el sustantivo y el metateórico.

FUENTES ESTRUCTURALES DE CONFLICTO Y CONDUCTA DESVIADA

Sustantivamente, la doctrina variante deja gran espacio a las fuentes estructurales y las consecuencias diferenciales de conflicto, disfunciones y contradicciones que hay en la estructura social, representando así, como ya lo he notado, un entrelazamiento de los hilos centrales del pensamiento que hay en Marx y en Durkheim. Me parece significativo que Ralf Dahrendorf, durante largo tiempo llamado "teórico de conflicto" en las clasificaciones a veces semimíticas de la sociología teórica, notara, años atrás, este punto básico. En su capítulo, significativamente titulado "Die Funktionen sozialer Konflikte", observó Dahrendorf que este modo de análisis estructural

permite a Merton, en contraste con Mayo, aceptar la idea de que los conflictos pueden ser sistemáticamente producidos por estructuras sociales. Según él, hay circunstancias en que las estructuras de roles, grupos de referencia e instituciones hasta cierto grado necesariamente generan conflicto. Pero, ¿dónde surgen estos conflictos, y cuál es su significado? Es en este punto donde introduce el concepto de "disfunción", muy utilizado desde entonces... Este paso adelante (en el desarrollo del análisis funcional) se encuentra ante todo en su indicación de la posibilidad ("sobre el nivel estructural") de una explicación sistemática del conflicto (Dahrendorf, 1967: 268-269; las cursivas son mías).

Una observación muy similar fue hecha independientemente por Hans Goddijn (1963: cap. 4), al notar que este modo de análisis estructural encuentra "los orígenes del conflicto social dentro de la estructura social misma, a saber, en la antítesis de las posiciones sociales. Por esta razón, este análisis puede verse dentro del contexto de una sociología del conflicto".

Gouldner ha hecho el mismo tipo de observación histórica y analítica acerca del análisis estructural de la conducta desviada. Pasando fácilmente a través

¹⁵ Toda la biblioteca en que Parsons ha desarrollado su concepción del análisis estructural-funcional no puede ser enumerada aquí. Una pequeña muestra incluiría su primer gran libro, *The Structure of Social Action* (1937), que es su *summa* contra utilitarios: *Essays in Sociological Theory* (1949) y *The Social System* (1951), que en conjunto integra su *summa* sociológica, desarrollada después en toda una variedad de direcciones, parcialmente representada en *Structure and Process in Modern Societies* (1960) y *Sociological Theory and Modern Society* (1967).

de las falsas barricadas que obstruirían todo paso, así fuese limitado, entre las orientaciones teóricas basadas en Marx y Durkheim, nota el traslape que hay entre ellas. Como no puedo mejorar el propio planteamiento de Gouldner, lo tomo aquí mismo. Observa que ciertas teorías sobre la conducta desviada

deben ser vistas *históricamente*, en función de lo que significa cuando aparece por primera vez y se hace notar. En este contexto, necesita el énfasis que Merton pone sobre la *anomia* así como Mills lo pone en la "patología social" fue "liberativo" para quienes vivían con ella como parte de una cultura *viva* a diferencia de como hoy puede aparecer como parte del simple *registro* de esa cultura, en un tiempo vivida.

De esto, hay varias razones, y una es que tanto Merton como Mills mantuvieron abierta una vía de acceso a la teoría marxista. En realidad, ambos tenían una especie de *marxismo* tácito. El marxismo de Mills siempre fue mucho más tácito de lo que le hacía parecer su propia posición radical, mientras que Merton siempre fue mucho más marxista de lo que le hicieran parecer sus silencios sobre esta cuestión [...] Merton siempre supo su Marx y conoció perfectamente los matices de controversia en la cultura marxista viva. Marx desarrolló su análisis generalizado de las diversas formas de conducta *desviada* ubicándolas dentro de una formulización sistemática de la teoría de la *anomia* de Durkheim, de la que se puso en una perspectiva analítica, fincándose tácitamente a sí mismo en una ontología marxista de la contradicción social. Tal vez sea esta dimensión hegeliana del marxismo la que haya tenido el efecto más duradero sobre las reglas *analíticas* de Merton, y la que le dispone a considerar la *anomia* como el resultado imprevisto de unas instituciones sociales que sofocaban a los hombres en sus esfuerzos por adquirir los mismísimos bienes y valores que estas mismas instituciones les habían alentado a buscar [Gouldner, 1973b: x-xi].

Estas observaciones sobre la conducta *desviada*, como las que se hacen sobre el conflicto social, están en marcada contradicción con el concepto, trillado e inmutable pero muy común en ciertos ambientes sociológicos, según el cual una orientación teórica llamada "sociología del conflicto" está inevitablemente opuesta al modo del análisis estructural que estamos estudiando aquí. En cierta manera, Dahrendorf, Goddijn, Gouldner y no pocos otros han refutado esta afirmación desde antes de que se pusiera de moda. La afirmación fija, hecha de una sola pieza, atribuye a este tipo de análisis estructural la suposición, no revelada, de que las sociedades o grupos tienen un *consenso total* de valores, normas e intereses. Esta suposición imputada (más que documentada) supuestamente contrasta con la idea de que el conflicto social es, de algún modo, inherente a la sociedad humana. Pero, desde luego, el conflicto social no puede ocurrir sin un choque de valores, normas o intereses diversamente compartidos por cada una de las formaciones sociales que entran en conflicto. Como lo hemos notado en la octava estipulación, es precisamente ese tipo de diferenciación —socialmente pautada— de intereses y valores el que lleva al análisis estructural a sostener que el conflicto social no es una simple casualidad sino que está arraigado en la estructura social (Merton, 1971: 786-797).

Aparte de las observaciones de Dahrendorf-Goddijn-Gouldner, y mis propias reiteraciones en el mismo sentido en el desarrollo del análisis estructural, hay pruebas de sobra para negar el estereotipo que lo describe como "socio-

logía consensual". Después de todo, "no es casualidad" (como dice uno) que Lewis Coser, continuado exponente de la tradición de la variante sobre el análisis estructural, adoptara para sus investigaciones los dos focos gemelos registrados en el título de su temprana obra, *The Functions of Social Conflict* (1956); luego pasara a desarrollar *Continuities in the Study of Social Conflict* (1967); y, más recientemente, enfocara las fuentes estructurales del conflicto social en sus *Greedy Institutions* (1974).

LA ESTRUCTURA COGNOSCITIVA PLURALISTA DE LA SOCIOLOGÍA

Hasta aquí, hemos hablado de un aspecto sustantivo de esta variante del análisis estructural como orientación teórica. Como hemos observado brevemente y ahora lo consideraremos con mayor extensión, esta orientación ha sido asociada en su aspecto metateórico con una imagen particular del mapa cognoscitivo de la sociología.

Según esa imagen, la sociología tiene una pluralidad de orientaciones teóricas —distintos paradigmas y teorías de la gama intermedia— y no una sola teoría real o comprensiva que pronto pudiera alcanzarse. Estas imágenes se relacionan con la cuestión general de la forma de diversos modelos de la estructura y el crecimiento del conocimiento científico en general que más recientemente ha entrado en el dominio de la sociología por la puerta creada por la filosofía de la ciencia. Popper, Kuhn, Lakatos, Feyerabend y Naess se encuentran entre las figuras principales (y en algunos casos, carismáticas) del renovado debate entre el pluralismo teórico y el monismo teórico.

Examinamos aquí esta cuestión por diversas razones. Por una parte, se encuentra en la línea directa de la continuidad cognoscitiva si no histórica con el debate que viene desarrollándose en la sociología desde los cuarentas. Ese debate contrastó el ideal y la perspectiva de un sistema teórico generalizante con la imagen de una multiplicidad de paradigmas ocasionalmente consolidados. Por otra parte, la cuestión es pertinente porque unas versiones confusas de las doctrinas popperiana y kuhniana han estado introduciéndose en la sociología, particularmente por la sociología de la ciencia (esa vecina de la filosofía de la ciencia). Y, por último, la investigación de esta cuestión nos ayudará a ubicar el análisis estructural en el mapa cognoscitivo de la sociología.

Comienzo con el juicio aparentemente paradójico de que Talcott Parsons (al menos, el Parsons de los cuarentas) y Thomas Kuhn (al menos el Kuhn de 1962), aunque habitualmente considerados como separados en los polos, en realidad han sido casi de una sola opinión ante la cuestión de la estructura cognoscitiva, si no de los procesos de cambio de las disciplinas científicas. Ambos han sido monistas teóricos, que han fijado la imagen de un solo paradigma general en las ciencias maduras: Parsons principalmente en el contexto de la defensa; Kuhn, en el contexto de su conceptualización descriptiva de una "ciencia normal".

Las bases de este juicio deben completarse con ciertos detalles por causa de la triple pertinencia del tema y porque es especialmente el pasado antepenúl-

timo de una disciplina en rápido desarrollo el que queda opaco bajo sucesivas cohortes de nuevos reclutas. Conocen el pasado más distante por medio del estudio prescrito de la doctrina, en tanto que el foco institucionalmente prescrito de la móvil frontera de la investigación conduce a un estudiado desdén de las fuentes y los descubrimientos que han sido olvidados, al ser incorporados al conocimiento canónico.¹⁶

Durante los cuarentas, cuando estaba surgiendo ya claramente como jefe de una escuela que, como él la veía, estaba integrada principalmente por seguidores críticos, y no por discípulos, Talcott Parsons estaba previniendo y predicando un monismo teórico. Como él dijo, "hay todas las perspectivas" de que la entonces actual diversidad de teorías propuestas dentro del "grupo profesional" —la colectividad de sociólogos profesionales "convergiere en el desarrollo de una sola estructura conceptual" (Parsons, 1948: 157). Aun en aquellos días remotos, como sin duda en exceso, desde entonces, uno de los discípulos de Parsons refutó esta orientación monista observando la realidad y defendiendo los usos de una pluralidad de teorías. El choque de opinión no fue menos profundo por haber sido expresado en unos términos pretendidamente enérgicos pero corteses, como éstos:

Quando el señor Parsons sugiere que nuestra principal tarea es enfrentarnos a la "teoría" y no a las "teorías", yo debo oponerme enérgicamente. El hecho es que el término "teoría sociológica", como ocurriría a los términos "teoría física" o "teoría médica", a menudo es engañoso. Sugiere una *mayor integración de diversas teorías de trabajo de la que ordinariamente se obtiene en cualquiera de estas disciplinas*. Permítaseme aclarar lo que esto implica. Desde luego, cada disciplina tiene una corriente hacia una congruencia lógica y empírica. Desde luego, la temporal coexistencia de teorías lógicamente incompatibles causa una tensión que sólo se resuelve si se abandona una u otra de las teorías, o bien si es revisada para eliminar la incongruencia. Desde luego, asimismo, cada disciplina tiene conceptos básicos, postulados y teoremas que son recursos comunes de los teóricos, cualquiera que sea la gama especial de los problemas a los que hace frente.

Por supuesto, unas teorías distintas incluyen a menudo unos *conceptos y postulados que parcialmente traslapan*. Pero el hecho significativo es que el avance de estas disci-

¹⁶ Los historiadores y los sociólogos de la ciencia se ven obligados a tomar nota de esta pauta de "borramiento de la fuente de ideas o descubrimientos por su incorporación en el conocimiento actualmente aceptado" (Merton, 1968; 28, 35, 38). *Borramiento de la fuente* en el sentido estricto de borrar toda huella de los orígenes es el caso límite en el linaje del conocimiento científico y aun entonces se sostiene principalmente para los jornaleros de la ciencia. Toda disciplina científica tiene algunos practicantes que encuentran el placer en mantener fresco el recuerdo de los desarrolladores de ideas aunque ninguno, hasta donde llega mi limitado conocimiento, más que Paul Samuelson, maestro constructor de esos verdaderos trenes de epónimos que instantáneamente llegan a los titulares en una genealogía de ideas ("un exacto modelo Hume-Ricardo-Marshall de comercio internacional" puede servir como el ejemplo de la variedad a base de guiones, aunque una búsqueda más larga sin duda descubriría un verdadero tren del tipo adyacente, ejemplificado en la "teoría económica de números e índices asociados a los nombres de Pigou, Konus, Keynes, Staehle, Leontief, Frisch, Lerner, R. G. D. Allen, Wald y mis propias teorías de preferencia revelada"). Como ya tuve ocasión de observar en *On the Shoulders of Giants* (1965), el borramiento de la fuente académica o científica ocurre a menudo en forma de palimpsestos en que los escritos ulteriores borran a los anteriores.

plinas consiste en elaborar gran número de teorías que sean específicas a ciertos tipos de fenómenos y en explorar sus relaciones mutuas, no en centrar la atención en la "teoría" como tal.

Concentrarse exclusivamente en el esquema conceptual predominante para derivar toda teoría sociológica es correr el riesgo de producir equivalentes del siglo XX a los grandes sistemas filosóficos del pasado, con todo su poder sugestivo, todo su esplendor arquitectónico y toda su esterilidad científica [Merton, 1948: 164-165; las cursivas son mías].

En vista de las diversas doctrinas pluralistas que hoy llenan las revistas de filosofía de la ciencia, es aún más oportuno que esta rudimentaria propuesta de una pluralidad de teorías que la gama intermedia describa la actual teoría sociológica diciendo que consiste, en gran parte, en "orientaciones generales" burdas y tenuemente unidas en lugar de tener la urdimbre fina y bien entretrejida de la "teoría hipotético-deductiva" que por entonces se estaba difundiendo. Por ejemplo, se observó que

mucho de lo que se describe en los libros de texto como teoría sociológica consiste en *orientaciones generales* hacia materiales sustantivos. Tales orientaciones incluyen postulados generales que indican *tipos* de variables que *de algún modo deben tomarse en cuenta* en lugar de especificar unas relaciones determinadas entre variables particulares. Por muy indispensables que sean estas orientaciones, sólo ofrecen el marco más general a la investigación empírica [Merton, 195: 465; las cursivas son mías].

Por ello, a partir de los cuarenta, algunos de nosotros decidimos proponer la terminología de "paradigmas" y "orientaciones teóricas" para referirnos a la estructura teórica realmente operante en la sociología. Aquella era la época en que yo toqué el carácter y las funciones de los paradigmas en sociología (Merton, 1968: 69-72, 109, 514; Friedrichs, 1972), y elaboré paradigmas para el análisis funcional y para esa sociología del conocimiento destinada a identificar suposiciones básicas, conceptos, problemáticas y tipos de prueba pertinentes. Pero quedaría reservado a Raymond Boudon (1970) aclarar y explicar la distinción entre la teoría sociológica propiamente dicha y los paradigmas y, mediante su tipología de los paradigmas, indicar sus usos y limitaciones distintivos.

Una razón de la pronta aceptación del concepto de pluralidad de paradigmas se sugiere al punto por sí misma. Pintaba el estado real de las cosas, si no el ideal remoto, en la ciencia social. Aunque por entonces se consideró que regiones de economía y de psicología (de buen tamaño) habían desarrollado unos sistemas teóricos bastante bien elaborados; en general los científicos sociales estaban lo bastante escamados por la experiencia real para reconocer el carácter verdaderamente modesto de sus realizaciones teóricas. El concepto de paradigma, laxo en su construcción, pero mucho mejor que el pozo sin fondo del simple empirismo, ofrecía a la vez unas descripciones y una razón de ser de lo que estaba ocurriendo, aunque no hiciera que nadie abandonara toda esperanza de desarrollar paradigmas en unas construcciones teóricas más generales y más exactas.

Como miniestructuras de básicas ideas, conceptos, problemáticas y descubrimientos, se suponía que los paradigmas representaban las aspiraciones no pretensiosas pero sí organizadas de haber alcanzado un tipo limitado de conocimiento científico. Se les consideró como intermedias hacia lo que Leontief había descrito en aquellos días (1937) como "teorización implícita" con su ausencia de control teórico y su teorización hipotético-deductiva, con sus elaborados conjuntos de proposiciones lógicamente interdependientes y empíricamente fundadas. Por último, en contraste con el cientificismo de la época derivado del empirismo local y el movimiento de la "unidad de la ciencia", el concepto de una pluralidad de paradigmas flojamente relacionados aisló a los sociólogos contra la posibilidad de adoptar las ciencias comparativamente maduras de la física, la química y la biología como modelos realístamente apropiados y no como, en muchas formas, modelos de referencia contrastantes.

KUHN Y EL ANÁLISIS ESTRUCTURAL

Este estado de unos sociólogos trabajando diversamente con sus últimas fuerzas en un estado de modestia —impuesta por la realidad— reconociblemente continuada, durante gran parte de los cuarenta y de los cincuenta (como ha seguido desde entonces, a pesar de ciertas opiniones actuales en sentido contrario). Llegó entonces 1962, y la aparición pública de *La estructura de las revoluciones científicas** por el físico e historiador filósofo de la ciencia Thomas Kuhn. Resultado de casi 15 años de pensamiento en lenta cristalización, esta monografía empezó a tomar su forma final, muy apropiadamente, durante la permanencia de Kuhn en 1958-1959 en el Centro Interdisciplinario de Estudios Avanzados en las Ciencias Sociales. Fue allí, como nos informa en el prefacio de su trascendental libro, donde le llamó la atención la multiplicidad del abierto desacuerdo sobre las cosas fundamentales entre los científicos sociales, de un tipo que le pareció distinto de las controversias que había en campos como la astronomía, la física, la química o la biología. Como observó Kuhn,

al tratar de descubrir el origen de esta diferencia, llegué a reconocer el papel desempeñado en la investigación científica por lo que, desde entonces, llamó "paradigmas". Considero a éstos como realizaciones científicas universalmente reconocidas que, durante cierto tiempo, proporcionan modelos de problemas y soluciones a una comunidad científica. En cuanto ocupó su lugar esta pieza de mi rompecabezas, surgió rápidamente un bosquejo de este ensayo [Kuhn, 1962].

En varios aspectos, el destino del libro de Kuhn se ejemplifica por sí mismo. Ejemplifica la influencia y la autoridad ocasionalmente absoluta ejercida por un paradigma bien seleccionado aunque sueltamente construido, de la variedad prekuhniiana. Nos ofrece todo un muestrario de suposiciones básicas hechas explícitas, conceptos fundamentales, un muestrario de problemas y una tipo-

* Hay traducción del FCE.

logía tácita de pruebas pertinentes, todo ello basado explícitamente —y también, significativamente recombinaando y desarrollando— en ideas anteriores de la filosofía histórica y la sociología de la ciencia. Fue, como después lo ha observado a menudo Kuhn, un esfuerzo de codificación en esta esfera del conocimiento.

El propio concepto de "paradigma" fue tan multivalente que produjo 21 sentidos discriminables para un analista de actitud favorable.¹⁷ De manera bastante comprensible, la multiplicidad de significados no fue obstáculo para la vasta difusión de la informativa idea de Kuhn. Es más, tan enorme variedad de significados acaso contribuyera a su rápida difusión; pues, como lo atestigua el variado uso que le da la muy diversa literatura, el paradigma de Kuhn acerca de los paradigmas fue interpretado en el sentido de toda clase de cosas para todo tipo de practicantes en toda índole de grupos y comunidades científicas y filosóficas, que lo obligaran, ocasionalmente, a rechazar ideas imputadas a él por sus más entusiastas y autodeclarados discípulos. (Ante las imputaciones de estos discípulos, Kuhn sin duda se ve tentado periódicamente a exclamar, a la manera de aquel sabio victoriano que pasó gran parte de su largo exilio en el Museo Británico: "je ne suis pas Kuhniste"). Y ante todo, para nuestros propósitos inmediatos, el paradigma kuhniano podría interpretarse en el sentido de que afirmaba que al menos las ciencias "maduras" en sus prolongados periodos "normales" de resolver enigmas se caracterizaban por el pleno consenso sobre lo que es un paradigma. Así, al parecer sin intención de Kuhn, aunque con su poderosa ayuda inadvertida, el libro planteó si bien no lanzó la Doctrina del Paradigma Único.

Kuhn ofreció amplias oportunidades para esta selectiva interpretación de su libro de 1962. Unos breves ejemplos servirán (en especial, ya que deliberadamente se sacan de los contextos, sin duda olvidados por los críticos y, lo que es aún más significativo, por sus potenciales partidarios): "Normalmente, los miembros de una comunidad científica madura trabajan a partir de un solo paradigma o de un conjunto directamente interrelacionado" (Kuhn, 1962: 161). O, asimismo, Kuhn se refiere más de una vez a la "recepción de un paradigma común" por la "comunidad científica" (por ejemplo, 162). No hay duda de que es esta clase de afirmación¹⁸ dispersa por toda *La estructura de las revoluciones científicas* la que condujo al indomable Imre Lakatos a observar, con un hincapié doblemente redundante, la singularidad de Kuhn, en el sentido de que "en opinión del Kuhn de 1962, los grandes campos de la ciencia es-

¹⁷ Como es bien sabido, fue Margaret Masterman quien logró la considerable hazaña de distinguir estos numerosos sentidos, y como ocurre con tales ejercicios, se les pudo reducir sólo a unas pocas clases: paradigmas metafísicos, paradigmas sociológicos y paradigmas artefactos o constructos. Para este minucioso y hasta amoroso análisis, véase Masterman (1970). Como observa el propio Kuhn: "la versión más profunda y radicalmente negativa" de esta multiplicidad de sentidos en que usa el término la ofrece Shapere (1964).

¹⁸ Y sin embargo, los que quieran interpretarlo de otra manera pueden encontrar una plenitud de declaraciones en el Kuhn de 1962 (por ejemplo, p. 165) aludiendo a los paradigmas múltiples hasta en comunidades científicas supuestamente "maduras" durante su estado "normal", entregadas a la "solución de enigmas".

tán y siempre deben estar dominados por un solo paradigma supremo. Mi opinión (popperiana) exige unos programas de investigación rivales, que crecen simultáneamente. En *este* sentido —y estoy seguro de que la profesora Koertge estará de acuerdo— ningún enfoque popperiano es 'monoteórico' " (Lakatos, 1971: 177; también 1970: 91-195).¹⁹

Ése era el Kuhn de 1962; o al menos, era el Kuhn de 1962 como se le solía interpretar. En un estilo que ejemplificaba las formas institucionales de la ciencia, desde entonces Kuhn se ha tomado ciertos trabajos para reexaminar y aclarar sus ideas anteriores y para comunicar —o, dicho más cautelosamente a la luz de los recíprocos equívocos endémicamente alegados por lo filósofos de la ciencia, para plantear— sus ideas actuales (Kuhn, 1970*a*, 1970*b*, 1974). Lo ha hecho como respuesta al poderoso impulso crítico entre los colegas de distintas persuasiones teóricas (aunque traslapantes) que, a su vez, están actuando de acuerdo con esa norma institucional de la ciencia conocida durante un tiempo como "escepticismo organizado" que exige mutua crítica y una autocritica menos fácil de hacer, en el proceso de proponer o de plantear públicamente ciertas pretensiones de conocimiento. (Merton, 1973: 264-266, 277-278, *passim*; Storer, 1966: 77-79, 87-88, 116-126).

Los vigorosos debates multilaterales acerca del paradigma kuhniano han generado toda una biblioteca de buen tamaño en la reciente filosofía de la ciencia... y el fin no está aún a la vista. Pero éste no es, sin duda, el lugar de examinar con detalle aun los ingredientes sociológicamente pertinentes en las discusiones en que participan Popper y Kuhn, casi en primera instancia, pero también una buena compañía que incluye a Lakatos, Quine, Feyerabend, Toulmin, Putnam, Agassi, Ayer, Naess, Watkins, Wisdom, Scheffler, Saphere, Musgrave y Johnathan Cohen, así como a un número no registrado de otros más, todos los cuales ofrecen sus opiniones tan sutilmente diferenciadas en la actual y tumultuosa filosofía de la ciencia. Ese examen tendrá que aguardar otra ocasión. Y sin embargo, debe notarse que las ideas de estas discusiones han sido adaptadas, frecuentemente en versiones alteradas, por sociólogos que encuentran ayuda y consuelo a su total relativismo y subjetivismo en lo que ellos consideran como la doctrina kuhniana, y aun en las doctrinas popperiana y lakatosiana. Eludiendo la discusión en este momento, sólo puedo afirmar que ni el autodescrito Kuhn de 1962 ni el Kuhn de comienzos de los setentas, sino sólo el reconstruido Kuhn, caprichosamente imaginado por los sociólogos subjetivistas, puede interpretarse en el sentido de que ofrece ese buscado apoyo autorizado.²⁰ Por encima de ello, sólo noto que las recientes iteraciones y reiteraciones de Kuhn me parece que son, en sus aspectos sociológicos, como

¹⁹ Lakatos está replicando aquí la "acusación" de su ex discípula Noretta Koertge de que su versión del crecimiento de la ciencia es "monoteórica", es decir, que afirma que "los procesos críticos más importantes ocurren dentro del contexto de una *sola* teoría o un *solo* programa de investigación" (Koertge, 1971). Desde luego, es sintomático que el supuesto monismo teórico sea tratado como insostenible, tanto por la crítica como por el criticado.

²⁰ Esta diferenciación de egos y de imágenes adscritas de egos sólo continúa con lo que amenaza con convertirse en una práctica tradicional entre los filósofos de la ciencia. Lakatos parece haberlo empezado todo cuando, en 1968, distinguió a tres Poppers: Popper, "el falsador dog-

evidentemente le parecen a él (Kuhn 1968: 80-82), de una sola pieza con los modos de análisis estructural desarrollados en la sociología de la ciencia a lo largo de los años.

En lugar del muy necesario examen detallado de la cuestión, puede ser útil plantear algunos de los principios (y, más esparcidos, algunos de los principales, siendo Popper y Kuhn, desde luego, ubicuos) atrapados en los debates que siguen desarrollándose. Hasta donde lo he podido descubrir, éstos incluirían al menos los siguientes problemas y subproblemas, diversamente relacionados:

1) *Monismo teórico y pluralismo teórico*²¹ (Popper, Kuhn, Feyerabend, Naess, Lakatos, Radnitsky, *op. cit.*).

2) *La incommensurabilidad de los paradigmas, las matrices disciplinarias, los ejemplos* (Kuhn); *problemas de investigación* (Lakatos); *imágenes de la ciencia* (Elkana); *temas* (Holton); *paradigmas, orientaciones teóricas generales* (Merton).

3) *Acumulación selectiva de conocimiento científico (incluyendo problemas de cambio de problemas progresivos degenerativos)* (Childe, 1956; Lakatos, 1970; Agassi, 1963; Kuhn, 1962, 1968; Radnitsky, 1971; Elkana, 1974).

3a) *Perspectivas Whig, antiwhig y antiantiwhig sobre el crecimiento y el desarrollo de la ciencia* (Butterfield, 1951b; Samuelson, 1974: 76).

mático que nunca publicó una palabra"; Popper₁, "el ingenuo falsadorista"; y Popper₂, el "sofisticado falsador" (Lakatos, 1968; también 1979: 18). Feyerabend₂ recogió la práctica en la crítica irónica de Lakatos, refiriéndose a Feyerabend₁ (un "autor popperiano₃" (Feyerabend, 1970a: 214-215). Kuhn pasó entonces a distinguir a Kuhn₁, autor del ensayo "Reflections on My Critics" y de un libro de título hoy familiar, publicado en 1962 por Kuhn₂, "el autor de otro libro con el mismo título [...] aquí citado repetidas veces por sir Karl Popper [...] " (Kuhn, 1970b: 231). Al menos en una ocasión, el propio Popper no aceptaría nada de esta diferenciación de egos: "no deseo entrar aquí en las distinciones del profesor Lakatos entre Popper₀, Popper₁, Popper₂" (Popper, 1974: 1186, n. 70a).

Como táctica de exposición y de polémica, esta multiplicación de entidades nos recuerda a Korzybski (1949); como conducta, llama la atención de los sociólogos de la ciencia hacia el recurrente síndrome, en la controversia científica, de *haber sido mal entendido*, o al menos, de haber sido mal representado. La recurrencia de esta queja común entre eruditos y científicos provoca la reflexión sociológica, más allá de la breve obra que al respecto escribió Merton (1967: 21-22). Un problema afín que necesita la investigación de los sociólogos de la ciencia concierne a la operación del "escepticismo organizado". Las diversas disciplinas al parecer difieren en sus pautas de competencia cognoscitiva y conflicto. Los propios sociólogos parecen entregados para siempre a una caldeada disputa. Tal vez lo estén, más allá de la generalidad de otros eruditos científicos, pero sin duda no más que la tribu interna de los actuales filósofos de la ciencia, cada uno de cuyos miembros está dedicado a anunciar vigorosamente sus propias pretensiones de conocimiento mientras denuncia alegremente las pretensiones de casi todos los demás.

²¹ El término "pluralismo teórico" es adoptado aquí en el sentido lato de una pluralidad de hipótesis, ideas o, para el caso, teorías y paradigmas que participan en el crecimiento de una disciplina científica. El término no está siendo utilizado en el sentido especial más categórica y extensamente empleado por Feyerabend (1970b; Klima, 1971, 1972) que no sólo defiende la "proliferación de hipótesis" sino, como lo señalan Naess, Lakatos y muchos otros, presenta una especie de dadaísmo metodológico. Como observa el propio Popper, "la idea de un pluralismo teórico no es ninguna novedad. Con el nombre "El método de las hipótesis múltiples", su importancia metodológica fue subrayada por el geólogo T. C. Chamberlin a fines del siglo XIX" [Popper (1974: 1187, n. 80)].

3b) *Continuidades y discontinuidades en el desarrollo científico* (D. T. Campbell, 1979, 1974; Toulmin, 1972; L. J. Cohen, 1973).

4) *Demarcación de la ciencia y de la no ciencia (en particular, de la pseudo ciencia)* (Popper, (1935) 1959, 1962, 1972, 1974; Lakatos, 1974; Musgrave, 1968).

5) *Hechos e instrumentos científicos cargados de teoría* (Kuhn, *passim*; Norman Campbell, 1920: 101-112; Henderson, 1932; Parsons, 1937: 28, 41-42; Hanson, 1958).

6) *Refutación y confirmación en investigación científica* (Popper, *passim*; Watkins, 1964; Lakatos, 1970; Musgrave, 1973).

7) *Subjetivismo y relativismo* (Kuhn, Popper, Lakatos, *passim*; Scheffler, 1967, 1972).

8) *Sustrato social de la ciencia ("la comunidad científica")* (Polanyi, 1958; Kuhn, 1962, 1970a; Price, 1961, 1963; D. T. Campbell, 1969).

Claramente, es un tentador despliegue de problemas para la investigación sociológica y no sólo la filosófica.

LOS USOS DE LA DIVERSIDAD

Volviendo a mis observaciones sobre la anunciada crisis de la sociología, propongo que, aun cuando la consolidación unificada de los paradigmas siga siendo una idea útil pero distante del tipo T de Pareto, toda una pluralidad de paradigmas tiene sus propios usos en una disciplina en evolución; pues, como algunos de nosotros hemos estado reiterando monótonamente durante décadas, los paradigmas tienen diversas funciones cognoscitivas así como tienen diversas funciones sociales para las colectividades de científicos dedicados a desarrollarlas. Entre estos usos, me limitaré a mencionar dos.

En primer lugar, una pluralidad de paradigmas instituye una variedad de problemas para investigar en lugar de confinar prematuramente la investigación a la problemática de un solo paradigma, supuestamente general. Tal es una razón, por ejemplo, de que Keynes lamentara profundamente que la línea de Malthus (no publicada) de enfoque a las conexiones existentes entre ahorros, productos y ganancias fuese ignorada en tanto que prevalecía la de Ricardo, y describía esa dominación (ya de un siglo) como nada menos que "un desastre para el avance de la economía" (Keynes [1933] 1972: 98-99). El desastre estuvo, antes bien, en no plantear ciertas preguntas, que en las respuestas a las preguntas que sí se plantearon. O bien, pasando de cuestiones grandes a pequeñas, fue durante los difíciles cuarentas (y no en los difíciles sesentas o setentas) cuando un paradigma incluyó esta observación, bajo el rubro de "Conceptos de Dinámica y Cambio":

"los analistas funcionales *tienden* a enfocar la estática de la estructura social y a des-cuidar el estudio del cambio estructural. Sin embargo, este hincapié en la estática no es *inherente*". Y más adelante, "el concepto de disfunción, que implica el concepto de tensión y de *stress* en el nivel estructural, ofrece un enfoque analítico al estu-

dio de la dinámica y el cambio". Y, aun dirigiéndose al enfoque de esta línea particular de pensamiento, esta afirmación del decenio de 1940 continúa con la investigación básica enfocada en el adelantamiento de derechos: "la prevaleciente preocupación de los analistas funcionales por el concepto de *equilibrio social*, ¿desvía la atención de los fenómenos del *desequilibrio social*?" [Merton (1949) 1968: 107-108].

En casos como éste, el problema no consiste en descubrir las contradicciones sustantivas entre los paradigmas, sino en considerar su problemática. Los paradigmas difieren en que enfocan diferentes gamas de problemas para la investigación. Como resultado, la exclusiva adherencia de la comunidad científica a un solo paradigma, sea el que fuere, obtendrá toda la atención de los científicos en el sentido de que les hace enfocar una gama limitada de problemas, a expensas de la atención a los demás. Por medio de ese "adelantamiento de derechos", la teoría monista se vuelve disfuncional para hacer avanzar otros tipos de conocimiento en su disciplina. Por consiguiente, es claro que los conienzudos abogados del monismo teórico prestarán atención a esta advertencia: *caveat praemptor*.²²

Esta formulación conduce directamente a un segundo uso de diversos paradigmas con su problemática más o menos diferenciada: dirigen la atención de los investigadores a diferentes tipos de *problemas* por medio de los cuales se puede investigar, con buena ventaja, cada conjunto de problemas. Esto no es cuestión pequeña o incidental. Por ejemplo, no es casualidad que el análisis estructural de la variedad marxista elija centrarse en el cambio histórico en las estructuras de clases, y no en las rutinas de la interacción social cotidiana, así como no es casualidad que la etnometodología se centre en reglas tácitas mostradas en las interacciones de rutina de individuos que pasan por su propia época, y no en la dinámica de la cambiante estructura de clases. El conjunto de la problemática internalizada en los diferentes paradigmas dirige la atención hacia diferentes "sitios, objetos o materiales de la investigación estratégica" que serán los que mejor exhiban los procesos, el mecanismo o las disposiciones estructurales que se vayan a investigar. De este modo, el conocimiento queda involuntariamente confinado a la interpretación de materiales limitados que muestran los fenómenos de interés teórico.²³ En la medi-

²² Una actual investigación efectuada por Joshua Lederberg, Harriet Zuckerman, Yehuda Elkana y yo mismo ha identificado este proceso del adelantamiento de intereses como participante, probablemente, en pautas de "premadurez, madurez y posmadurez" de las contribuciones a la ciencia. Para las disfunciones de las ortodoxias monopólicas en la ciencia, resultantes en unos "desequilibrios acumulativos" de atención a la investigación y sobre las funciones del conflicto cognoscitivo regulado para corregir esos desequilibrios, véanse Merton, 1973: 57-58; Radnitsky, 1973: 136; para un análisis del "desequilibrio entre las orientaciones psicológicas y sociológicas al tema de la ambivalencia", véase Merton y Barber, 1963: 93-94.

²³ Como ha informado por ejemplo Frank Beach (1950), durante un tiempo más de la mitad de los psicólogos experimentales norteamericanos habían enfocado una especie, la rata, como su organismo experimental. Ernst Mayr (1974: 657) escribe acerca de ciertas implicaciones de semejante enfoque sobre los objetos de investigación y los intereses de la investigación: "Gran parte de la reciente controversia en la bibliografía sobre la conducta animal puede comprenderse mejor hoy, ya que estamos conscientes de las diferencias importantes que existen entre las conductas controladas por los programas genéticos cerrados y los abiertos. Los etólogos se han

da en que los paradigmas son intelectualmente disciplinados y no sólo una gama abigarrada de intereses personales que generen poca potencia cognoscitiva, la diversidad nos conduce a la iluminación de aspectos totalmente distintos de la acción y la sociedad humanas, incluyendo aspectos que un solo paradigma habría pasado por alto.

La diversidad del aspecto que requiere investigación nos ofrece otra razón de que los paradigmas a menudo se encuentran en competencia más social que cognoscitiva. Exponentes de paradigmas sociológicos particulares compiten por el interés de nuevas cohortes de reclutas, para que lleven adelante su línea de trabajo mientras compiten (podemos suponer que menos eficazmente) por viejas cohortes de veteranos que han estado utilizando otros paradigmas para transferirles su lealtad. En pocas palabras, los exponentes de los paradigmas compiten en la asignación de todos los recursos que afectan la distribución de la atención por los sociólogos hacia la vasta gama de la labor sociológica. Más a menudo de lo que podría suponerse, paradigmas coexistentes, sobre todo en una disciplina que evoluciona laboriosamente, como la sociología, implican la competencia por una *atención* cognoscitiva y no unas contradicciones y confrontaciones cognoscitivas, aunque el ruido desagradable (y para algunos, atractivo) de las polémicas pueda sugerir otra cosa. (Acercado del proceso general, en especial el acuerdo cognoscitivo y el desacuerdo de valores, véase Merton, 1973: cap. 3.)

Aunque a menudo oscurecidos por la polémica, los problemas cognoscitivos de los paradigmas coexistentes exigen descubrir las capacidades y limitaciones de cada uno. Esto implica identificar los tipos y el alcance de los problemas para los que cada uno es bueno (y notar aquellos para los que es incompetente o impropio), ofreciendo así una potencial conciencia de los aspectos en que son complementarios o contradictorios. Dentro de esta clase de contexto, las estipulaciones de una variante del análisis estructural han indicado una gama de problemas para la cual parece particularmente apropiado; la detallada expansión de estas sugerencias difícilmente podría ser obra de una sola noche. Pero hasta en su forma condensada, las estipulaciones pueden sugerir por qué este tipo de análisis estructural continúa teniendo cierto interés y por qué, al mismo tiempo, hasta los sociólogos dedicados al análisis estructural deben reconocer que sigue siendo sólo uno, aunque sumamente incitante, entre toda la pluralidad de los paradigmas sociológicos que hoy están siendo enérgicamente desarrollados.

Examinando esta misma circunstancia desde la perspectiva de la sociología de la ciencia, debo informar que las variaciones en el número y la variedad de los paradigmas en las disciplinas científicas siguen siendo mal comprendidas.

interesado principalmente en señales específicas de cada especie en su evolución. La comparación de diferentes especies ha causado gran preocupación. Los psicólogos experimentales clásicos, interesados principalmente en los aspectos neurofisiológicos de desarrollo de la conducta, casi invariablemente trabajaron sólo con una especie. Su interés básico estaba en aprender, acondicionar, y en otras modificaciones de la conducta. Enfocaron la conducta con los intereses del fisiólogo, y los fenómenos así estudiados fueron, en gran medida, aspectos de una conducta no comunicativa, como correr en un laberinto o la selección de alimento."

Hasta hoy, ningún modelo del crecimiento de la ciencia ha logrado explicar la extensión del pluralismo doctrinal en diferentes disciplinas o en la misma disciplina en diferentes épocas. Mucho antes de que el tema del desarrollo del conocimiento se volviese un renovado foco para la investigación, las antiguas metáforas llevaban consigo sugerencias de uno o de otro modelo. La metáfora de un "mercado de ideas" sugería procesos de producción, distribución e intercambio en condiciones que iban desde el monopolio hasta la competencia abierta; el "foro de las ideas" sugería una imagen de discusión libre sometida a procesos de persuasión y el ejercicio de tipos de autoridad; la "arena de las ideas" transmitía la imagen de un combate, desesperado, rechazando la posibilidad (salvo en raros momentos) de una coexistencia o complementariedad de paradigmas; y, para no ir más lejos, la metáfora de "una población de ideas" sugiere un modelo de variación y selección (de la genética de población) en el desarrollo evolutivo. Pero ya sea que adoptemos el modelo de falsación de Popper o el modelo de matriz de Khun o el modelo de programa de investigación de Lakatos o los modelos evolutivos de Donald Campbell, Gerald Holton y Stephen Toulmin, todos los modelos del crecimiento científico sostienen, como uno solo, que una pluralidad de paradigmas en interacción competitiva y a veces conflictiva están sometidos a unas normas y reglas más o menos comunes de evidencia que trascienden otras diferentes entre las tradiciones intelectuales en competencia.²⁴ Así, después de que Kuhn hubo rechazado el relativismo total que muchos consideraban implícito en la versión de su doctrina de 1962, Radnitsky censuró su versión mucho más restringida, diciendo que era incapaz de hacer frente a la cuestión —de importancia estratégica— de saber si los cambios de paradigmas representan, en casos dados, "un avance" o "un retroceso", cuestión a la que Imre Lakatos da un lugar central en su concepto de "programa de investigación" (Radnitsky, 1974: 110-111; Lakatos, 1970, 1974). Pero una vez más, los partidarios del subjetivismo total que, aquí y allá, logra filtrarse en la sociología de hoy y que expresamente buscan la legitimación en la actual filosofía de la ciencia, están quedándose atrás, para defenderse como puedan. Ya aún en el último tercio del siglo XX, el juego de los alfileres no es tan bueno como la poesía.²⁵

Así pues, debe ser claro que al describir y defender una pluralidad de orientaciones teóricas en la sociología en forma de un "eclecticismo disciplinado", no describo ni propongo una especie de anarquismo teórico en que todo es válido (cf. Feyerabend, 1965, 1970b, 1975; Naess, 1972). Y esta actitud tampoco se basa en el lema de Pekín: "Que perezcan 100 flores y que luchen 100 escuelas de pensamiento." Después de todo, como nos enseña el concepto de *hiperexis*, en realidad sí puede haber demasiado de algo bueno (el presidente Mao evidentemente había llegado a esa conclusión desde sus declaraciones

²⁴ Sea como fuere, la fuerte impresión de un acuerdo considerable, subyacente en esta suposición, se obtiene de un largo y continuado examen de los vigorosos debates que yo apenas he tocado en la parte anterior de este capítulo.

²⁵ Desde luego, la alusión es a la casi inolvidable afirmación de Bentham de que "Prejuicios aparte, el juego de los alfileres es de igual valor a las artes y las ciencias de la música y la poesía" (*Rationalist Review*, 1825: 206).

de 1957). Es entre una pluralidad mucho menor de orientaciones teóricas donde el análisis estructural en sociología debe encontrar su lugar para evolucionar. Parece prudente concluir, por lo que se ha dicho, que en el proceso interactivo de selección cognoscitiva y social entre ideas sociológicas, el análisis estructural continuará vinculándose con las ideas complementarias en otros paradigmas y así seguirá haciendo muy modestas consolidaciones teóricas hacia el ideal último y aún muy remoto de llegar a una teoría general y unificada.
